

La Alhambra y la Granada Andalusí

MÓDULO 2

2.3 INFRAESTRUCUTRAS HIDRAÚLICAS

Por **Luis García Pulido**

Escuela de Estudios Árabes del CSIC

El singular emplazamiento geográfico de la ciudad de Granada, en el punto de contacto de las últimas estribaciones de Sierra Nevada con la Vega, ha posibilitado que, a pesar de su moderada pluviosidad, el agua haya tenido un papel muy destacado. Este territorio se caracteriza por la existencia de una extensa red hidrográfica, fruto de la interacción del clima mediterráneo continental con una elevada cordillera que retiene y favorece los aportes pluviales. El resultado es la aparición de multitud de arroyos temporales que aportan sus aguas a los cauces por los que discurren los ríos Darro, Genil, Beiro, Monachil... de los que se pudo captar sus aguas.

Existen además ciertos acuíferos en los montes cercanos que generan manantiales y fuentes de diversa entidad. Granada y la Alhambra, que actúan como charnela entre la orografía accidentada de los montes situados a levante y la vasta planicie que extiende hacia poniente, pudieron desarrollarse gracias a las posibilidades que ofrecían los recursos hídricos de su entorno.

Ante la carencia de noticias y evidencias arqueológicas sobre el suministro de agua entre los siglos VIII y X, es probable que el sistema de abastecimiento de aguas de épocas anteriores pudiese estar deteriorado o abandonado. En esos momentos, el suministro se realizaría acarreado el líquido desde el río Darro, al que se podría bajar protegido por una muralla.

Con el desmembramiento del califato cordobés y la conquista de la kūra de Ilbīra por la dinastía zirí, se reparó en las cualidades estratégicas del cerro donde se ubicaba Hisn Garnāta para poder instalar en él la capital de su reino. Sería a partir de esta reocupación de la Colina del Albayzín a comienzos del siglo XI, cuando comenzaron a crearse las acequias medievales para dotar de un buen sistema de suministro de agua a la ciudad y a sus espacios cultivados, que sería completado en etapas posteriores. Puesto que las menciones históricas sobre la puesta en uso de sistemas hidráulicos coinciden con el gobierno de los dos últimos emires ziríes Bādīs Muzaffar (1038-1073) y ‘Abd Allāh (1073-1090), pudo ser en esos momentos cuando comenzaron a acometerse las infraestructuras que permitieron el poblamiento y desarrollo urbano

La Alhambra y la Granada Andalusí

de la Alcazaba de Granada y la incipiente madīna que comenzaba a desarrollarse a los pies de la misma, cuyo vertiginoso crecimiento pudo deberse a las posibilidades creadas por dichas infraestructuras.

El alfaquí Abū Ya‘far Ibn al-Qulay‘ī (m. 1104-1105), visir de ‘Abd Allāh, promovió la Acequia Gorda, según relató Ibn al-Ja‘īb en su *Iḥāta*. Por otra parte, en la misma obra indicó que Mu‘ammal (m. 1099), personaje público importante durante el mandato de los dos últimos emires ziríes, construyó una fuente pública en la Puerta de los Alfareros, para lo cual se debió de hacer el ramal urbano de la citada acequia, conocido posteriormente como Acequia de la Ciudad, que penetraba hasta ese lugar. A este último también se le ha venido atribuyendo la construcción de las acequias de Aynadamar (Fuente de las Lágrimas), que traía el agua hasta la colina del Albayzín desde la Fuente Grande de Alfacar, y la del Cadí, que discurrió por encima de la Acequia Gorda y permitió alcanzar cotas más altas en la zona del Na‘yḍ, inicialmente poblada por huertas.

Ambos alfaquíes de la Granada zirí siguieron ocupando importantes cargos después de la toma de la ciudad por los almorávides en el año 1090. Durante este periodo y el almohade, desde el final del siglo XI hasta el primer tercio del XIII, la ciudad siguió creciendo, aunque no tan espectacularmente como en siglo XI. Dos fueron los núcleos que se poblaron paulatinamente a partir de zonas de huerta irrigadas por estas acequias, el arrabal de Axares y el de al-Fajjarīn o de los Alfareros.

La ciudad comenzó a expandirse hacia la zona de contacto entre la Vega y la colina del Albayzín, en torno al camino histórico que debía de comunicar Madīnat Ilbīra con Garnāta Alyahud (Granada de los Judíos), que, tras quedar englobado en la trama urbana, se convirtió en su arteria principal en dirección norte-sur, la calle Elvira. La otra gran expansión se produjo en la ladera que enlazaba la Alcazaba de Granada con el río Darro, en torno a lo que debía ser el otro gran camino histórico que quedó incluido en la ciudad, dando lugar al principal eje este-oeste de la misma, cuyas calles principales serían San Juan de los Reyes y Zacatín. Paralelamente a éste se trazó la Acequia de Axares, que debió de ser también acondicionada por los ziríes, pues tras iniciar su recorrido urbano por el barrio que lleva su nombre, su destino final debía de ser la Mezquita Mayor, así como la plaza de Bibarrambla.

Si la Acequia de Aynadamar permitió poblar la colina del Albayzín, donde, no sólo abasteció a la zona del alcázar zirí, sino que llegó a toda la población por medio de una nutrida red de aljibes públicos vinculados a menudo a las mezquitas, la Acequia de Axares posibilitó el desarrollo de madīna Garnāta, pues un ramal de esta se dirigía por la calle Elvira hasta la puerta del mismo nombre. Por su parte, los

La Alhambra y la Granada Andalusí

barrios inmediatos a la orilla izquierda del Darro obtenían agua de la Acequia de Romayla, que era una derivación de Axares que cruzaba al otro lado del río.

Con la dinastía nazarí, entre los siglos XIII y XV se produjeron las últimas expansiones de la ciudad, pero no hacia la planicie de la Vega, como cabría esperar, sino hacia zonas más elevadas que aportaban más seguridad frente al avance cristiano. Al mismo tiempo se irían colmatando otros espacios de reserva como los del arrabal de al-Fajjaṛīn, donde se establecieron grandes propiedades de recreo de la oligarquía granadina, y empezó a ocuparse el arrabal contiguo del Naýd.

El primer rey de esta dinastía, Muḥammad ‘Abd Allāh ibn al-Aḥmar (1232-1273), decidió trasladar el poder desde la Alcazaba Vieja a la Colina Roja, donde ya existía un recinto militar, poniendo los cimientos de lo que llegaría a convertirse en una auténtica ciudad palatina, con todos los elementos que caracterizaban a la urbe islámica medieval, pero a pequeña escala. Para ello, aseguró en primer lugar el abastecimiento de agua, tomándola desde el río Darro por medio de la Acequia Real, cuya construcción fue ordenada por este monarca en el año 1238. Ese acto planificador posibilitaría y estructuraría el desarrollo de esta naciente ciudad.

En el momento de mayor esplendor de la dinastía nazarí, Muḥammad V (1354-59 / 1362-91) decidió establecer junto a la Alhambra una corona de explotaciones agrícolas y fincas de recreo a cotas más elevadas que la ya existente almunia del Generalife, para lo que tuvo que redoblar el caudal conducido por la Acequia Real y disponer de otra canalización más, elevando las aguas por una serie de ingenios hidráulicos hasta el Cerro del Sol.

La distribución del agua en la Granada andalusí se hacía mediante acequias a cielo abierto en la mayor parte de su recorrido en el exterior de la ciudad, y por atarjeas, cauchiles y tuberías de atanores al penetrar intramuros. Para su almacenamiento se utilizaban albercones, albercas, aljibes públicos y privados, así como tinajas. Además de la excelente red de acequias, el más sobresaliente de todos estos sistemas era el constituido por la treintena de aljibes públicos que se dispusieron en la colina del Albayzín, que no tiene parangón en ninguna ciudad de al-Andalus.

El agua conducida por estas acequias andalusíes fue empleada para tres funciones que, a menudo, se dieron simultáneamente:

- La irrigación de las tierras de cultivo, permitiendo la implantación, aclimatación y producción intensiva de las especies hortofrutícolas que posibilitaron esa revolución

La Alhambra y la Granada Andalusí

verde que tuvo lugar en al-Andalus y la creación de parte del paisaje que hemos heredado, pese a las transformaciones y alteraciones que se han venido produciendo desde entonces.

- El empleo de la fuerza motriz del agua para mover ingenios hidráulicos preindustriales que permitieron la transformación de productos y materias primas, sin que ello supusiera un menoscabo del caudal que discurría por estas acequias.
- El abastecimiento no solo a las propiedades rústicas y urbanas de la oligarquía, sino también el acceso al agua de la población que se asentó en las ciudades y que cultivó los campos.

Estas tres funciones básicas de las acequias para sostener la vida, aún pueden admirarse en la configuración de muchos de los paisajes granadinos, en las infraestructuras hidráulicas que se han conservado (fuentes, canalizaciones, acueductos, albercas, aljibes, abrevaderos, pozos, galerías subterráneas...) y en las arquitecturas del agua (baños urbanos, fuentes de abluciones, molinos, murallas para aguadas, puertas fluviales...), además de que, los propios edificios residenciales, tuvieron una fuerte vinculación con ella a través de diversos espacios domésticos.

Los Reyes Católicos, asombrados por el nivel al que había llegado el sistema hidráulico desarrollado en el territorio granadino, lo mantuvieron en la medida de lo posible, dictando medidas y ordenanzas que se basaban en las costumbres musulmanas de reparto de las aguas.

La mayor parte de este complejo y bien articulado sistema hidráulico ha perdurado hasta épocas recientes, llegando a quedar en nuestros días diversas infraestructuras, algunas aún en uso, que atestiguan su esplendoroso pasado.